

V
20
S
C
F1205
56

Propiedad del autor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

REFIERE Ciceron que cuando los Crotoniatas se propusieron embellecer con excelentes pinturas el templo de Juno que veneraban en gran manera, ocurrieron á Zéuxis que pasaba por el mejor pintor de su época, y que el artista para cifrar en una imagen muda la más acabada belleza de la mujer, resolvió pintar el simulacro de Elena. Para realizar este pensamiento, Zéuxis comenzó por preguntar á los de Crotona cuáles eran las doncellas más hermosas que tenían, y entónces le llevaron muchos niños de grande hermosura. Admiraba el artista las formas y los cuerpos de aquellos niños, cuando le dijeron los Crotoniatas: "Hermanas de estos niños son las doncellas; ya puedes inferir cuán grande será su hermosura." Escogedme, contestó Zéuxis, las más hermosas de ellas y pintaré lo que he prometido, trasladando la verdad natural á una muda imagen. Presentáronle las vírgenes y él eligió cinco, porque no creyó, dice Ciceron, encontrar en un solo cuerpo todas las condiciones ne-

002758

cesarias para la hermosura; porque la Naturaleza en ningun género presenta obras perfectas en todas sus partes, y como no tendria que dar á los demas si todo lo concediese á uno, otorga á cada cual ciertas perfecciones mezcladas con ciertos defectos.

Siguiendo el ejemplo del gran Zéuxis, al tratar de escribir una obra que dé á propios y extraños una idea cuando ménos aproximada de la civilizacion de México, he escogido á sus varones más distinguidos, para que al enarrar sus hechos, me fuese dado ofrecer un cuadro en que resplandezca el nombre del pueblo que los ha contado entre sus hijos.

He creido siempre con Quintana que es oprobio á cualquiera que pretenda tener alguna ilustracion, ignorar la historia de su país, y que si la pintura de los personajes más ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad comun. En México, acaso más que en pueblo alguno, es necesario dar á los estudios biográficos toda la amplitud que pueden alcanzar. Nuestro carácter hace que paguemos muchas veces tributo á vanidades pasajeras, miéntras que omitimos enaltecer nombres que conservaria con estimacion cualquier pueblo más adelantado que el nuestro.

Fomentar en México los estudios biográficos es uno de los móviles que me impulsaron á formar este libro, pues abrigo la profunda conviccion de que contribuyen poderosamente al progreso de las naciones. Es para mí un axioma que nada tiene tan poderosa influencia en el espíritu del hombre para animarlo á acometer empresas nobles, patrióticas, levantadas, como ver honrada, enaltecida, la memoria de los que no se arredraron ante los obstáculos que halla siempre en

su camino quien persigue un ideal, bien sea en las esferas de la ciencia, de las artes ó de las letras, para el mejoramiento de los pueblos, bien en la cátedra, en la tribuna, en los campos de batalla, en los puestos públicos, ó en cualquiera de los medios en que la inteligencia y lo voluntad viven, se engrandecen y actúan.

Es la patria, son nuestros pósteros los que recogen los frutos de esta labor, y por penosa que ella sea, no debemos abandonarla nunca.

Consideraciones de no menor cuantía, si á pueblos extraños nos referimos, deben infundirnos aliento y fé para llevarla á cabo. Preciso es, si queremos que en el Extranjero se nos juzgue por nuestras propias obras, que consignemos en un libro de consulta fácil para todos, qué hemos producido, de qué manera nos hemos asimilado las conquistas, los adelantos de las naciones más cultas, en las ciencias, en el arte, en cuanto directa ó indirectamente revela que una nacion ama el progreso y camina á su perfeccionamiento.

La historia de la humanidad se encierra en los estudios biográficos mejor que en las antiguas y modernas crónicas, relatos y documentos, y por lo mismo cada pueblo debe cuidar que en ese gran registro queden consignados los nombres de sus hijos más distinguidos. Ni el orgullo, ni mucho ménos el deseo de competir con nadie, deben entrar en este género de trabajos; mas no ha de detenernos tampoco ese apocamiento de los que se encuentran sumamente pequeños si se comparan con los de otras naciones cuya superioridad es innegable, por causas que no hay por qué señalar puesto que cualquiera puede conocerlas. Quien hace todo lo que es dado en la esfera del bien, nó debe ser

censurado de no haber hecho más, y México sin jactancia ridícula, puede presentar al mundo como un título de legítima honra, los nombres de muchos de sus hijos que, sin los elementos de que otros han dispuesto, han logrado colocarse, en todas épocas, á la altura que reclama la creciente civilizaci6n de las sociedades.

En las páginas de este libro se verá comprobada esta afirmaci6n á que no darán su asentimiento los que desconocen nuestra historia, los que no han hallado hasta hoy una colecci6n numerosa de biografías mexicanas.

No me vanaglorió de haber llenado por completo el vacío inmenso que á este respecto se notaba, ni me juzgo iniciador de esta clase de escritos en México. Muy lejos de eso, nadie lamentará como yo lo hago, las omisiones que se notan en esta obra.

Séame permitido extenderme en algunas consideraciones que servirán al lector para atenuar los defectos en que abunda este libro.

Cualquiera que se tome la molestia de comparar las biografías referentes á personajes antiguos, con las que de los modernos tratan, podrá observar que los datos que encierran las primeras son más completos que los de las últimas. Eran las generaciones pasadas más amantes de énaltecer las cosas y los hombres, que lo que lo son las actuales generaciones. Cuando moria un var6n distinguido por su ciencia ó por su virtud, afanábanse sus deudos y admiradores en referir sus hechos y en honrar su memoria. No eran unos cuantos los que inquirian noticias acerca de sus escritos, ó sobre lo que la patria les debia: todos se creían en el deber de revelar cuanto sabian. Cariño, gratitud,

patriotismo, espíritu de secta, ó cualquier otro sentimiento noble, inspiraban aquellos homenajes, y puede decirse que cada tumba que se abria, en vez de borrar para siempre un nombre digno de recordaci6n, era un monumento que se levantaba para honrar la memoria del que en ella se convertia en polvo. Tejíasele inmarcesible corona en su elogio fúnebre, al sabio ó al filántropo que moria, y muchas veces en las páginas de un libro entero se encerraba su biografía.

Esta costumbre introducida por las Órdenes religiosas, se extendió más tarde á otras esferas sociales, y desde las primeras "Gacetas" hasta los periódicos oficiales que vinieron despues, no hay publicaci6n mexicana de cierta antigüedad en la que no se hallen biografías más ó ménos extensas, ó cuando ménos, necrologías interesantes que ministran datos de importancia, indicaciones útiles, curiosos detalles, para formar los estudios relativos á los hombres de otros días. Ciertamente que para aprovechar esos materiales, se necesita hundirse en el polvo de los archivos y bibliotecas y recorrer volúmenes que no son de fácil consulta por la falta de índices; cierto que ha menester de gran dosis de paciencia quien quiera emprender un trabajo de condensaci6n y expurgar esos escritos de todo lo que en nuestros días parecería ocioso y ridículo; cierto que es indispensable descartar la verdad haciendo á un lado las exageraciones de partido y de secta; pero en cambio, qué grande acopio de documentos para el historiador y el biógrafo, qué rico filon por explotar!

Vinieron despues otros días en que aquellos trabajos fueron, ya que no abandonados por completo, sí mirados con menor entusiasmo, hasta llegar á la época

que corremos, de indiferentismo y de ingratitud, puede decirse. Entónces comienzan á ser más limitadas las noticias, más raros los elogios fúnebres, más breves las biografías, más difícil la adquisicion de datos para formarlas.

Con marcadas excepciones, entre las cuales debe figurar en primer término la Academia de Medicina, que ha procurado honrar siempre á sus miembros ya difuntos, ninguna corporacion, ningun gremio se ha cuidado de acopiar aquellos informes, sin los cuales sólo se puede decir generalidades acerca de la vida de un hombre, cuando éste desaparece de la escena del mundo.

El Colegio de Abogados ha puesto algun empeño en que se sepa qué obras produjeron Couto, Lacunza y otros muchos jurisconsultos eminentes?

La Academia de San Carlos ha enaltecido acaso la memoria de Sagredo, de Ramirez, de Monroy y de los demas de sus alumnos distinguidos, ya muertos?

La prensa misma ha hecho todo lo que debia al faller algunos de sus miembros prominentes?

Brevísimos artículos necrológicos algunas veces, y otros mezquinos sueltos de gacetilla han servido para anunciar que la ciencia, las letras, el arte, la sociedad, han perdido á alguno de sus mejores hijos. Y cuenta con que dia á dia han sido más comunes las publicaciones periódicas, y que éstas se llenan muchas veces, por falta de materias originales ó referentes á la localidad, con artículos extranjeros.

Muere un gran político, un sabio, un literato europeo, y no pasan muchos dias sin que conozcamos hasta los más pueriles detalles de su existencia. Se analizan sus obras al punto, se escriben anécdotas acerca de ellos,

se sabe todo lo que á ellos se refiere, y cuando de nuestros compatriotas se trata, entónces basta decir que murieron y enviar frases de pésame á sus deudos. Algunos dias despues, nadie vuelve á hablar de los que lucharon por la patria, de los que rigieron sus destinos, de los que la ilustraron con sus obras, de los que derramaron el bien en su camino.

Pero no inculpamos á las Academias, ni censuramos á los periodistas. Una experiencia, bien triste por cierto, nos ha enseñado el origen que reconoce ese aparente olvido, esa ingratitud que podriamos llamar punible.

Nada hay más difícil en México, que obtener de una familia datos para formar la biografía de uno de sus miembros. Si éste acaba de desaparecer, escúdanse sus deudos en que no tienen valor para remover los papeles del finado, ó en que dichos papeles no pueden ser revisados miéntras la testamentaría no quede terminada, y esto dura en nuestro país largos años. Otras veces se da por pretexto que el muerto, que era en extremo modesto, quemó sus títulos y cuanto á su vida podia referirse, y aun rogó que nadie volviese á hablar de él. Tampoco faltan personas que finjan recelos ó temores de que el biógrafo pueda infamar la memoria de aquel de quien pretende hablar, como si fuera posible que alguién se atreviese á cometer la bajeza de pedir con sinistros fines datos á una familia.

No parece sino que hay quienes se avergüencen de ser medianías ó de no ser nada, si se les compara con sus distinguidos progenitores; no parece sino que su mayor anhelo es el de que el olvido cubra para siempre los nombres de éstos, por ser ese el único medio de que no se les mire pequeños!

Ante semejantes resistencias, con obstáculos de tal naturaleza como los que someramente hemos apuntado ¿será posible la formación de un "Diccionario Biográfico Mexicano," en que no se noten grandes vacíos?

Por decidida que sea la voluntad del autor de un libro de esta especie, por grandes que sean su constancia y su laboriosidad, es preciso confesar que su obra tendrá que ser deficiente. Empero esta consideración no me arredra, y á aumentar lo ya publicado y á perfeccionarlo, tenderán siempre mis esfuerzos, hasta que logre dar á la estampa una obra que adolezca de menores defectos que la presente.

Hay todavía muchos nombres gloriosos que recoger; hay muchas buenas obras que recordar; muchos libros mexicanos que citar, infinitas acciones que referir y obras de arte cuya descripción está todavía por hacer. La mayor parte del camino está andada ya, y cuando nuestro amor á las cosas pátrias nos ha dado aliento para vencer los tropiezos que en la labor encontramos, sería injustificable que en ella desmayásemos.

Mientras llega el día de realizar ese pensamiento, sea el autor de este libro quien logre hacerlo, ú otro más afortunado, vea el lector en las páginas que vá á recorrer, siquiera sea mi buena voluntad.

México, 1834.

FRANCISCO SOSA.

BIOGRAFIAS

DE

MEXICANOS DISTINGUIDOS

ABAD, Diego José.

El insigne poeta latinista D. Diego José Abad, nació el día 1º de Julio de 1727 en una hacienda de labor, cerca de Jiquilpan, límite entre los obispados de Michoacan y Guadalajara.

Hizo sus estudios de filosofía en el colegio de San Ildefonso de México, entrando á la Compañía de Jesus el 24 de Julio de 1741. En México y Zacatecas enseñó retórica, filosofía y derecho canónico y civil. Sus discípulos pudieron empaparse en las fuentes perennes del buen gusto, pues Abad les dió á conocer las bellezas de los clásicos latinos y españoles, preferentemente las contenidas en las obras de Ciceron y de Virgilio, de Granada y de Garcilaso. A causa de su consagración al estudio y á la enseñanza, su salud se vió deteriorada. Aun no cumplía entónces cuarenta años, y debió á sus estudios en la medicina, que emprendió en esa época, el haber prolongado sus días, pues fueron inútiles los cuidados de los médicos. En 1767, y siendo rector del colegio de Querétaro, emprendió un viaje á Italia, fijando su residencia en la ciudad de Ferrara.